



Creación literaria, cine y plástica



Abelardo Leal*

Paul Valéry

Soy el templo del tiempo, donde todo nace y naufraga.
Vuelo en el mar rodante, inmenso espejo gobernado por la espuma.
Y las olas que bailan siguiendo la música del deseo.
Y las crestas de la luz agónica que se despide con un racimo de cinabrio.
Mis pies son mis ojos veloces
Que escalan el firmamento azul.
Cazo con mi olfato la desnudez del tomillo
Y las grutas donde se esconde el silencio.
He crecido entre bosques de hojas marchitas
Y enseñadas hondas donde sumerjo mi barba blanca y rejuvenece
Como un milagro lustroso.
Mis tesoros están sepultados bajo melenas verdes y turquesas,
Bajo navíos mutilados, bajo palabras encerradas en su propia concha.
Me combaten tiburones y arroyos de furia.
Y viejos piratas con patas de palo hambrientos como perros del desierto.
Voy sobre el mástil más alto, el impulso,
El frenesí dorado en la sartén de mis años,
En mi cabeza que se alimenta de aromas y Voces y cena rostros y lugares
pisados y otros jamás hollados por mi presencia.
Hago una crónica de los viajes a mí mismo.



Hölderlin

1

Hago el amor con una torre;
en su aire giro y llego al delirio;
beso su vacío que me responde;
las sanguijuelas penden de mi alma
y esculpen veneno que alimenta mi pluma
que es la soledad goteando mi silencio,
y los labios de Susette aprisionados por cánones sociales,
y la clínica de Tubinga donde evalué al psiquiatra,

*. Premio Desiderio Macías Silva Universitario 2009 (México).

y el viento que cenó y me cenó,
y las nubes por donde camino
mientras comercio con fantasmas.
¿Qué cárcel es ésta que me aplaude
mientras defeco encima del mundo?
¿Qué celda es ésta
donde soy libre como los muertos?

2

Hay un prisionero
Que arroja su sangre
Desde la torre de su insania;
El viento lo peina
Y peina al viento;
Galopa en su lomo
Y se hace palabra;
Recoge los besos nunca dados;
Fustiga la soledad con soledad;
Reclama objetos que no ha perdido
Y pierde cosas que no tiene;
Está sentado en su silencio
Que grita duro.



Francis Ponge

Estoy escrito en la cabellera de los pinos que se niegan a morir en invierno y baten sus alas al encuentro del viento que husmea su sexo oscuro de donde nace el volcán. Sin balastradas está mi alma sedienta como un asesino. De mis ojos cuelgan lianas impúdicas y retoños de flores necias que tatúan de caricias los pies de la primavera. Estos son los cuadernos de un mundo que sigue desplegándose en la distancia, regado de aroma como el oído y la mirada amolada en el ansia. La mancha roja en el suelo húmedo es la mancha roja en las almas que gimen. La liebre que corre a esconder su imagen del miedo, es el hombre. El lobo que camina sobre el silencio para cazar su presa, es el hombre. Estos cuadernos exudan sábilas y bálsamos. Y exprimen el agraz de las horas. Estoy escrito en la hierba que saluda los dedos del alba. Soy la lechuga requisando sus espejos. La sombra es deliciosa bajo la luna encinta. El tomillo silvestre es un manto sutil para el olfato. El exilio está dentro de la sangre. Soy *estos cuadernos verdes que yo mismo leo.*



Fausto

Mi alma es propiedad del diablo; él la maneja y a él manejo
con mi ansia de beber noche, vértigo y magia
como un fulgor insomne
que bautiza mi sonrisa
y edifica los deseos de un corazón hambriento;
quiero la juventud que se escancia en el aire;
quiero la piel de una doncella que será mi amo.
Quiero la ferocidad del viento
y el frío de la nieve que esculpe pinos.
Mis dientes están rotos.
¡Que florezcan bajo la sombra!
Mi piel es tálamo de moscas.
¡Que se desenrolle como un canto!
Me pesa el delito cometido
y el que voy a cometer.
La luz o la niebla,
la niebla o la luz,
¿no son lo mismo?
Mi magia no puede con las horas.
También el diablo muere, y el remordimiento
se mete en su mortaja.



Tartessos

La ciudad está tejida de ecos
De siglos que caminan en relicarios
Y rostros que se niegan a morir
Sepultados en el polvo.
Los brazaletes sagrados,
Las piezas de orfebrería
Son el viaje del tiempo
A través de objetos preciados por su lenguaje.
El gran comercio es con las horas
Bailadoras y amables
Y también airadas guerreras
De pecho prominente y áspero.
El mar habla bajo las piedras.
En barcos rotos hijos del naufragio.
Estoy tocando mi voz
En estas ruinas bajo tierra.



Plaza de las Nieves

Los aplausos son sonrisas.
Un hombre cae en una voz nostálgica.
Aunados al hombre
La lluvia de otros años,
El aire de tabernas donde se frotan rostros,
El ala de unos tragos compartidos con la soledad ulcerante.
Qué llamas arden.
Se confiesan con la noche que llega como una mortaja.
Las palomas vuelan hacia el sueño.
Se desgajan ojos imprevistos.
Alrededor empieza el juego de casinos,
El llanto de los buses,
Los cuerpos que se ofrecen a otros cuerpos.
En tanto el hombre
Se desnuda como una flor
En una voz,
En un aire
Que envuelve otras voces,
Otros aires
Donde la muerte abre sus piernas un instante.



Anochecer eterno

Hacia las calles donde habita nada;
Mudo silencio de los faroles,
Jirones de música de ébano incierto.
Nuevamente casacas de sangre nocturna,
Rubores de frío,
Hampa protegida en los juncos de la noche.
Se oye detrás del estandarte negro el bramido ahogado del ciego ajetreo.

Venida de lejos una paloma abierta.
De plumas que son suyas y de esta noche.
De lirios que renacen más allá de su plumaje hambriento.
Sobre el pavimento pisado por mil lluvias
Empieza a rodar la serenata del anochecer eterno.

